

Álvaro Villegas Vélez*

⇒ Nación, intelectuales de elite y representaciones de degeneración y regeneración, Colombia, 1906-1937

Resumen: Este artículo expone el papel que tuvo la representación social de las razas y de los géneros en la forma en que los intelectuales de elite colombianos de principio del siglo xx imaginaron la nación. En este contexto, el tejido social se expuso al examen científico y político, el cual descubrió su corrupción y su debilidad, pero también sus posibilidades y promesas, desde un imaginario que privilegiaba la medicalización del discurso, la naturalización de lo social y la interpretación organicista de la realidad.

Palabras clave: Raza y género; Nación; Colombia; Siglo xx.

Introducción

En la actualidad la idea de que la nación debe ser entendida como un proceso en permanente construcción y transformación, en el cual la imaginación ocupa un lugar central, es casi un lugar común dentro de las ciencias sociales. Esta idea asociada principalmente al trabajo de Benedict Anderson (1993) marcó una ruptura importante con los planteamientos que consideraban a la nación y al nacionalismo como simples fenómenos derivados de etnias preexistentes o de la industrialización y la modernidad.

Sin embargo, el énfasis en los procesos de homogeneización en la construcción de los Estados nacionales sigue opacando las múltiples formas de diferenciación que surgen al interior de ellos. En este sentido, la heterogeneidad racial ha ocupado un lugar marginal en los estudios más influyentes sobre la construcción de la nación. Anderson (1993) ha señalado, por ejemplo, que el racismo y en general las preocupaciones raciales son producto del elitismo y se vinculan sólo circunstancialmente con el nacionalismo. Eric Hobsbawm (1997), por su parte, ha planteado que la articulación entre raza y nación es tardía y se basa, por un lado, en la multiplicación de las gradaciones fenotípicas que separaron grupos que anteriormente eran considerados de la misma raza, y por el otro, en

* *Álvaro Villegas Vélez. Actualmente es becario del Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín; en esta misma universidad se desempeña como profesor. Es autor de varios artículos publicados en revistas colombianas como: Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, Boletín de Antropología, Estudios Políticos e Historia Crítica. Correo electrónico: aavilleg@unal.edu.co.*

los argumentos proporcionados por el darwinismo y la genética en contra de ciertas poblaciones consideradas no-nacionales.

Un desinterés semejante había rodeado a las diferencias de género y su lugar en los proyectos nacionales. En los últimos años diversos investigadores (Eley/Suny 1996, McClintock 1996, Pedraza Gómez 1999 y Stoler 1996) han mostrado la importancia de las cuestiones de género y de la retórica del parentesco. En efecto, la nación ha sido imaginada en múltiples ocasiones y lugares, por medio de tres metáforas principales: la relación sexual heterosexual reproductiva, la fraternidad racial y el pacto filial (Appelbaum/Macpherson/Roseblatt 2003). Estas metáforas han enfatizado el papel de las mujeres como madres de la nación, como reproductoras necesitadas de protección, más no como productoras con capacidad de agencia.

Desde esta perspectiva, la heterogeneidad racial y de género han jugado un papel apreciable en las tensiones entre la similitud y la diferencia, entre la igualdad y la jerarquía, las cuales han modelado el proceso de construcción nacional en múltiples lugares, especialmente en América Latina (Appelbaum/Macpherson/Roseblatt 2003, Holt 2003, Stepan 1991 y Wade 2003).

En el caso colombiano, el rol otorgado por los intelectuales de elite a la cuestión racial y de género, estuvo marcado por el particular contexto de cambio de siglo. Colombia había entrado al siglo XX en medio de una cruenta guerra civil conocida como la Guerra de los Mil Días (1899-1902), en la cual, el Partido Liberal no había logrado despojar del control estatal a los conservadores, pero sí había sentado las bases de su participación –minoritaria– en la dirección del Estado nacional. Al año siguiente y bajo la decisiva influencia de Estados Unidos, Panamá comienza su vida independiente.

A pesar de estos golpes, el país había logrado una inserción relativamente estable en el mercado mundial a través de la exportación cafetera y consolidaba una incipiente industria en algunas ciudades, principalmente Medellín y Bogotá.

En este contexto, numerosos intelectuales de elite vinculados a los partidos tradicionales –el liberal y el conservador–, se entregaron a la tarea de repensar la nación, esgrimiendo argumentos que calificaban como modernos y científicos y, por tanto, neutrales y suprapartidistas, en un proceso similar al vivido por otros países latinoamericanos desde finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX (Pedraza Gómez 2004, Schwarcz 1999 y Stepan 1991).

Pero a diferencia de la mayoría de estos países, este proceso se dio en un marco sociopolítico profundamente conservador que había dificultado desde el siglo XIX la apropiación del positivismo y del evolucionismo social, y por el contrario, privilegió el hispanismo (Urrego 2002). A esto se sumaba la ausencia de un contingente de inmigrantes significativo y la relativa expansión y profundidad de los procesos de mestizaje.

A pesar de las ambigüedades que lo moderno suscitaba, en medio de este particular contexto conservador, dicha noción simbolizó el inicio de una nueva era, una ruptura, con ese país viejo y tradicional sumido en continuas guerras civiles y que había permanecido inmóvil ante su desmembración y la intervención del imperialismo estadounidense. Sin embargo, la pregunta por la capacidad de progreso de la población colombiana rondaba permanentemente, dando lugar a que, si bien se presentaran procesos como la urbanización, la industrialización y el cese de las guerras civiles, la preocupación por la defectuosa conformación somática, mental y moral de los colombianos y por la dificultad que entrañaba el trópico para el surgimiento de una verdadera civilización, estuviera

presente y fuera considerada como la causa de los males sociales, intelectuales, económicos y políticos del país.

¿Cuál fue el papel de las representaciones sobre la diferencia racial y de género en los proyectos de construcción nacional en Colombia? ¿Cuáles fueron sus objetivos, sus ambigüedades y sus límites? ¿Cómo se transformó en el período y que planteamientos estuvieron en pugna? Éstos son los interrogantes que sirven de guía a este artículo.

¿Degenerados o debilitados? La racialización del pueblo

Como se ha planteado anteriormente, el interrogante sobre la capacidad de progreso de la nación fue intenso durante las cuatro primeras décadas del siglo xx en Colombia. El carácter tropical y, por ende, imaginado como enfermizo del territorio y de sus pobladores no auguraba un camino fácil en el proceso de la civilización, tal como lo parecían demostrar las desilusiones del siglo xix con sus continuas guerras y fracasos económicos en el mercado internacional.

La perspectiva predominante consideraba que, si bien el territorio nacional poseía múltiples recursos, también entorpecía la capacidad vital de la población. La civilización no podía ser, pues, sino un fruto artificial cosechado por las sabias manos de los poseedores de un saber moderno, científico, práctico y neutral, lo cual no impedía múltiples controversias sobre la mejor forma de cuidar, multiplicar, administrar y guiar la población nacional.

En Europa, desde la segunda mitad del siglo xix, saberes como la antropometría, la eugenesia, la antropología criminal, el evolucionismo, la frenología, la higiene y la salud pública, se habían empezado a vincular de forma inseparable al destino de las naciones (Blanckaert 2001).

En Colombia, de forma semejante a otros países latinoamericanos, el discurso biomédico fue el privilegiado para vincular y movilizar esa serie de saberes. La ciencia jugó un papel importante en el proceso de la civilización. Los médicos, en especial los higienistas, se volvieron mediadores culturales entre los proyectos estatales y de la elite, y los sectores subalternos (Sáenz/Saldarriaga/Ospina 1997).

En este contexto, el tejido social de la nación se expuso al examen científico, y se descubrió su corrupción y su debilidad pero, también sus posibilidades y promesas, desde un imaginario que privilegiaba la medicalización del discurso, la naturalización de lo social y la interpretación organicista de la realidad, dividiendo a la sociedad nacional en los componentes representados como sanos y como enfermos.

Desde esta perspectiva, la índole y la salud de la población nacional fueron representadas como unidas indisolublemente al progreso material del país, a través de la explotación de los exuberantes recursos naturales. Pero no se trataba de cualquier tipo de población, sino de una población que era imaginada en términos biológicos que la definían como una raza, más que en términos de una ciudadanía liberal clásica (Noguera 2003 y Stepan 1991).

Sin embargo, el tinte científico de esas preocupaciones no implicaba que éstas fueran exclusivas de los médicos; sin importar su profesión, la elite afiliada a los partidos tradicionales e incluso a los emergentes partidos de izquierda se apropió de esas representaciones y construyó un imaginario *sui generis* sobre la nación.

El general Rafael Uribe Uribe, abogado de profesión e importante caudillo liberal, planteaba en 1898 que “Este es un pueblo enfermo, y si hubiese refugios para las naciones, Colombia debería ser enviada a un hospital” (1979a: 232). Uribe no albergaba la menor duda de que la mayoría de los colombianos estaba degenerada, como lo mostraba la distracción, la puerilidad, la volubilidad, la falta de energía mental y la incapacidad de formarse una opinión propia.

Ocho años más tarde, su pesimismo se había matizado y más que una condena, hacía un llamado para evitar las guerras civiles que provocaban el naufragio del ensayo civilizador en las oscuras y homicidas aguas de la naturaleza tropical. Agregaba que la fundación, por vez primera, de civilizaciones en el trópico, requería ante todo de una población numerosa y robusta; los ferrocarriles, la instrucción y el progreso no serían sino consecuencias del buen estado de la raza.

Luego lo primero es existir, que haya más gente y menos desiertos. Lo segundo es que los hombres no sean de raza débil o degenerada; porque si viven sujetos a enfermedades, padecen hambres y tienen prole limitada o enclenque, y la que crece no sabemos educarla convenientemente para la clase de brega que debe sostener, entonces el esfuerzo civilizador acaba por ahogarse entre el monte; lo envuelven los bejucos y se lo comen los tigres o lo matan las culebras (1979b: 236).

Era necesario que no sólo el Estado, sino la nación en su conjunto, invirtiera en la población, declarándole una guerra sin cuartel a todas las enfermedades epidémicas y contagiosas, asimismo al juego, el tabaco y el alcohol, porque

[...] si seguimos como hasta aquí hemos venido, el siglo xx acabará como se nos acabó el XIX, sin haber avanzado un paso, sino más bien retrocedido en muchas cosas; y eso es si antes no acontece que los ciudadanos serios lleguen a pensar que lo mejor para el país sería que lo expropiasen por utilidad de la civilización, para colocarlo bajo el dominio o la tutela de un pueblo más equilibrado y más serio (Uribe Uribe 1979b: 251).

No solamente el progreso era impensable con un elemento humano debilitado, la misma existencia de la nación, su soberanía, podía ser puesta en duda gracias a esa debilidad, como lo demostraba la separación de Panamá.

Estas reflexiones preocuparon hondamente a Uribe Uribe (1979c), quien en 1906 comentó un texto del capitán Alfred Mahan, que a su decir era una de las lecturas de cabecera del presidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt. En este texto se planteaba que la política mundial estaba dominada por la relación entre la tierra y la población; desde una perspectiva claramente malthusiana, la primera mantenía su cantidad fija, mientras la segunda crecía, lo que intensificaba paulatinamente los conflictos por su posesión entre las naciones salvajes e incompetentes pero poseedoras de grandes y hermosas regiones y las naciones civilizadas que ya habían ocupado todas las tierras que tenían a su alcance. Desde este punto de vista, Uribe señaló que la política mundial era una política darwiniana, en la cual el socialismo hablaba de expropiación entre las clases y el imperialismo de expropiación entre las razas. En este contexto, lo único que garantizaba la posesión territorial era la perpetua labor de conquista, demostrada ante los diferentes Estados nacionales que miraban cómo la población crecía y los territorios representados como vacíos y llenos de riquezas escaseaban.

El conocimiento de la raza y del territorio se consideraba indispensable para la formación, conservación y perfeccionamiento de la nación, tal como lo expresaron múltiples intelectuales de elite. Si bien la reflexión sobre ambas variables fue intensa durante las cuatro primeras décadas del siglo xx, e incluso se mantuvo con menor fuerza en las décadas posteriores, fue en 1920 el año en el cual llega a su máxima expresión.

Miguel Jiménez López, múltiples veces congresista, ministro y miembro del Directorio Nacional del Partido Conservador, venía exponiendo desde la segunda década del siglo xx en importantes órganos difusores del pensamiento de su generación como la revista *Cultura*, la necesidad de controlar los excesos y las pasiones enfermizas de las razas colombianas para formar ciudadanos útiles. Sin embargo, fue su ponencia ante el Tercer Congreso Médico en 1918 la que propició la realización de una serie de conferencias en donde se discutió la posible degeneración de las diferentes razas.

Las conferencias fueron organizadas por la Asamblea de Estudiantes de Bogotá en el Teatro Municipal y contaron con la participación de un importante grupo de intelectuales vinculados a los partidos tradicionales y tuvieron como objetivo “[...] el balance del pasado por ver de hallar las posibilidades del futuro” (López de Mesa 1920a: 6, véase Calvo Isaza/Saade Granada 2002, Helg 1989, Henderson 2006, Pedraza Gómez 1996/1997, Sáenz/Saldarriaga/Ospina 1997 y Villegas Vélez 2005).

Estas conferencias marcan un hito importante para las tres líneas intelectuales principales que se disputaban la descripción y prescripción legítima de la nación colombiana. En este momento es posible observar la decadencia de los letrados –poetas, gramáticos y abogados– como intelectuales dominantes, lugar que habían ocupado durante todo el siglo xix y parte del siglo xx (Deas 2006), ese lugar de privilegio lo empiezan a ocupar los profesionales vinculados a la medicina y la ingeniería, es decir, a saberes considerados ante todo como prácticos, con una aplicación directa y medible a la vida socioeconómica, en contraposición al conocimiento letrado (Sáenz/Saldarriaga/Ospina 1997). Finalmente es posible identificar una serie de planteamientos emergentes que reivindican el conocimiento sociológico como base de la intervención estatal en lo social. Estos movimientos en el campo intelectual colombiano de principios del siglo xx deben ser matizados, pues cada formación intelectual era heterogénea internamente, y lo que era más importante, un mismo político e intelectual podía tomar sus argumentos de las tres líneas.

Jiménez López, en la conferencia de 1918, reproducida en las memorias del encuentro, organizado por la Asamblea de Estudiantes, partió de las siguientes preguntas:

¿Existe hoy en nuestro país un estado de degeneración colectiva? ¿Somos, en otros términos, un agregado social en que los atributos de las razas originarias hayan marcha hacia un desarrollo progresivo, o bien ellos se han mantenido estacionarios o, por el contrario, la capacidad vital y productora de los progenitores ha sufrido una regresión en el decurso de nuestra existencia colectiva? ¿Desde un punto de vista estrictamente biológico, nuestro país y los países similares, analizados en el actual momento de su historia avanzan, se estacionan o retroceden? (1920a: 8).

Este médico y siquiatra conservador no manifestó la menor duda en afirmar que Colombia y los países similares, es decir, tropicales y racialmente heterogéneos, estaban degenerados, tanto física como intelectual y moralmente. Al denunciar esta degeneración

ción, Jiménez López estaba cumpliendo su deber patriótico de guiar la nación hacia un futuro más promisorio.

La degeneración física estaba, en su opinión, comprobada por un conjunto de signos anatómicos y fisiológicos como la baja estatura, las malformaciones del aparato reproductor, las asimetrías craneales, la baja tasa de nupcialidad, la hipertensión, la menor cantidad de glóbulos rojos y la gran cantidad de enfermos de gota, asma, eczemas y jaquecas en las tierras altas, de litiasis urinaria y biliar, y dispepsias, en las tierras bajas, y de colitis, diabetes, neuralgias, arteriosclerosis y artritis en todo el territorio. A esto se sumaba las enfermedades tropicales y el aumento del cáncer, la tuberculosis, la obesidad y las enfermedades mentales.

La degeneración síquica, categoría en la cual reunió la degeneración moral e intelectual, se expresaba en el nulo aporte de los colombianos al capital intelectual mundial, la falta de interés en el estudio, la imitación, considerada por Jiménez López como una enfermedad de los pueblos vencidos, la impaciencia, la emotividad, la inestabilidad y la impulsividad, como lo atestiguaban, a su parecer, las sesenta y cuatro guerras y once constituciones en poco más de cien años de vida republicana.

Las causas de la degeneración eran una serie de factores como: la atmósfera enrarecida de las tierras altas, la alimentación inadecuada, la falta de higiene, la mala educación, el alcoholismo, las enfermedades tropicales, la miseria, las infecciones como la sífilis y la tuberculosis; pero las causas más poderosas eran el mayor desgaste de los órganos inherente a las tierras tropicales en ambos hemisferios y la falta de sangre nueva y vigorosa.

Aunque Jiménez López reconoció la importancia terapéutica de medidas como el aseo personal, la reforma educativa, la lucha antialcohólica y el control de las enfermedades endémicas y epidémicas, consideró que éstas eran simples paliativos que no aliviaban la degeneración nacional. Era preciso levantar el vigor de razas vencidas e ineptas para la vida civilizada y para ello se requería del aporte de elementos que neutralizaran las taras y compensaran las deficiencias biológicas,

Esta es una verdad reconocida por cuantos en América Latina se han ocupado de estudios sociológicos. No pensemos que con sólo higienizar nuestra vida, con expedir leyes que protejan al proletariado, con abrir caminos y tender rieles por dondequiera y con establecer sabios sistemas educativos podemos desandar la pendiente pavorosa que nuestros países siguen desde tiempo inmemorial. El mal es más hondo: no es solamente económico, psicológico y educacional; es biológico. Se trata simplemente de razas agotadas, que es preciso rejuvenecer con sangre fresca (Jiménez López 1920a: 37).

Sangre, señalaba Jiménez López, que debía ser aportada por el flujo de centenas de miles de inmigrantes durante varios años. Inmigrantes de raza blanca, talla y peso superior al promedio colombiano, dolicocefalos, armónicos en sus proporciones corporales, con un ángulo facial de 82° aproximadamente, de temperamento sanguíneo-nervioso, sanos, fuertes, disciplinados moralmente, laboriosos, con una sólida organización familiar, sobrios, constantes y aptos para el trabajo manual y agrícola.

La inmigración fue planteada por este intelectual (1920b) como la única opción real de acabar con la degeneración de los indígenas, negros y blancos, cuyos representantes contemporáneos eran, según su opinión, indudablemente inferiores a sus antepasados de la Colonia e incluso del siglo XIX, gracias a un círculo vicioso en el cual los seres huma-

nos nacían débiles porque eran engendrados por seres débiles, y su debilidad se intensificaba por que crecían en el mismo entorno que había originado la debilidad de sus padres. La población colombiana era, pues, un conglomerado racial herido de muerte por siglos de lucha contra un medio hostil, que había provocado la transmisión, no sólo de los caracteres connaturales a la especie, sino también, de los caracteres adquiridos en la lucha con el medio, y estos caracteres no eran otros que signos de esa degeneración.

Al igual que muchos otros intelectuales, Jiménez López pensaba que los seres humanos no se podían sustraer de las leyes naturales y, por ende, muchas de las manifestaciones que se observaban en los animales domésticos se presentaban de similar forma en las poblaciones humanas. Así, sí las reses, gallinas, gansos y perros habían ganado una serie de características y perdido otras al adaptarse al trópico, los seres humanos también lo habían hecho.

La mayor o menor adaptación al trópico, adaptación que era concebida por este intelectual como una regresión, dependía de la cantidad de tiempo en que cada raza en particular lo había habitado:

Estos hechos nos dicen, pues, a qué precio se adquirió para las razas aborígenes y se está adquiriendo para las otras razas la posibilidad de habitar la zona equinoccial del globo: al precio de una disminución en el coeficiente vital. Todo lo demás que nos preocupa y sobre lo cual hemos escrito y hablado tantas cosas, se explica por sí mismo. Ahí está la clave de lo orgánico y de lo patológico, de lo intelectual y de lo moral, de lo político y de lo económico, de lo doméstico y de lo internacional (1920c: 346).

Los planteamientos de Miguel Jiménez fueron debatidos fuertemente, tanto en esta serie de conferencias como en ocasiones posteriores. Sin embargo, el hecho irrefutable, para él, de la degeneración, fue ampliamente negado por otros miembros de la elite política-intelectual como: Simón Araujo (1920), Jorge Bejarano (1920a y 1920b), Lucas Caballero (1920), Luis López de Mesa (1920b y 1920c) y Calixto Torres Umaña (1920), quienes participaron en el llamado de la Asamblea de Estudiantes, y posteriormente por Alfonso Castro (1936), Diego Mendoza (1994a), Laurentino Muñoz (1935) y Emilio Robledo (1920). Por su parte, J. R. Lanao Loaiza (1920) apoyó la tesis de la degeneración racial de los colombianos.

A pesar de su derrota, el debate se desarrolló en los términos planteados por el dirigente y científico conservador, y el racialismo (véase Todorov 2000) se paseó impávido por el Teatro Municipal, puesto que se aceptó la necesidad y el carácter patriótico del estudio científico del medio, de la población, de las interacciones entre estos componentes y de la creación de una política basada en esas conclusiones, desde una mirada que como se mencionó anteriormente, naturalizó la sociedad nacional al tiempo que la representaba como un organismo en perpetua lucha por su supervivencia.

Los matices entre los participantes en este debate giraron en torno a la etiología, terapéutica y diagnóstico del mal que aquejaba a Colombia, pues a pesar de las diferencias, había cierto consenso sobre el mal funcionamiento de la nación. La mayor o menor incidencia del entorno tropical y del mestizaje en las dificultades de crear una civilización fueron los puntos centrales en la discusión.

Aunque Jiménez López reconoció el papel del medio, sus planteamientos le dieron un lugar de menor importancia al otorgado por la mayoría de sus contemporáneos, quie-

nes hicieron mayor énfasis en la transformación del entorno en el cual se desarrollaban las poblaciones humanas, que en la transfusión de sangre nueva al cuerpo nacional.

Al igual que en el resto de Latinoamérica y en países europeos como Francia, y a diferencia de los países anglosajones, la apropiación de los saberes científicos se realizó sobre la base del neolamarquismo, el cual defendía el argumento de que las adaptaciones medioambientales se heredaban y que, por lo tanto, el ambiente modelaba el carácter, la cultura y los fenotipos.

Esta idea hizo posible el auge de la preocupación por la puericultura, la familia, la educación, la miseria y las enfermedades que fueron representadas como venenos raciales¹, al tiempo que vinculó los propósitos del higienismo con la eugenesia, que fue entendida como la ciencia que busca el mejoramiento de la especie humana o de grupos dentro de ella –principalmente razas– a través del conocimiento de las leyes de la herencia.

La eugenesia neolamarquiana se articulaba de una mejor manera con las preocupaciones por el progreso, la civilización y la salud nacional, pues no negaba esa posibilidad a las repúblicas latinoamericanas, sino que la postergaba hasta que se hicieran las reformas sociales necesarias para conseguirlas, reformas mayoritariamente aceptadas, gracias al énfasis higienista presente desde finales del siglo XIX (Stepan 1991).

En los Estados nacionales anglosajones, la higiene, a la entrada del siglo XX, era un importante campo de acción de la medicina, pero era considerada independiente de la eugenesia. En Colombia y los países similares, como le gustaba escribir a Miguel Jiménez López, las condiciones de vida de la población, en especial de los pobres urbanos y rurales, fueron asuntos eugenésicos de primera línea, ya que eran causas y síntomas de enfermedades hereditarias cuyo ciclo podía ser interrumpido si se implementaban las medidas adecuadas. El miedo a la degeneración, podía pues ser controlado por la posibilidad de la regeneración, esperanza que se perdía si se asumía una noción dura de la herencia, en la cual ésta era un fenómeno prácticamente inmodificable.

Para muchos intelectuales, la regeneración racial a través de la herencia de cualidades adquiridas por los progenitores, hacía posible la construcción de una civilización en el trópico, pues si bien la gran mayoría de ellos no negaron la acción deletérea de éste, también tomaron como un hecho comprobado que la acción humana podía transformar favorablemente el medio y los cuerpos racializados de los colombianos, mediante un tipo de intervención estatal fundamentada científicamente.

Desde esta perspectiva, la salud individual y colectiva no se representaba como un hecho natural, sino como el producto de una constante lucha absolutamente necesaria para la felicidad, el progreso y la civilización de la nación. Lucha que atañía a todos y cada uno de los ciudadanos, pero sobre todos ellos al Estado. En definitiva un ejercicio de biopolítica (Foucault 2006).

No es de extrañar entonces que importantes dirigentes nacionales consideraran que el problema sanitario o higiénico debía ser la mayor preocupación estatal. Mariano Ospina Pérez (1935), futuro presidente de Colombia entre 1946 y 1950, planteó desde su posición como presidente de la Federación Nacional de Cafeteros, que gobernar, antes

¹ La denominación de venenos raciales, implicaba que este tipo de males causaba la degeneración y a largo plazo podían implicar la desaparición de la(s) raza(s) colombianas al hacerlas inhábiles para la lucha por la vida.

que poblar, educar o construir ferrocarriles, era sanear; puesto que los países más avanzados no habían sido nunca los más ricos sino los más vigorosos. Este tipo de ideas estaba tan extendido que el abogado y uno de los más grandes nombres del partido liberal en el siglo XX, Jorge Eliecer Gaitán, a quien que podríamos ubicar fácilmente en el polo opuesto del espectro político, manifestaba en 1937:

No habrá agricultura, no habrá industria próspera si persistimos en tener la raza débil que hoy tenemos; una raza tarda y lenta para el trabajo, que se fatiga a muy leve andar y que presenta los defectos síquicos que todos conocemos, los que no son otra cosa que una consecuencia de los elementos biológicos y fisiológicos que le son característicos. Buscar gente inteligente y capaz; gente honrada y sociable en organismos débiles y enfermos, atacados de todas las taras atávicas herenciales y circunstanciales, es un imposible metafísico (1968: 242).

Imposible que para ser solucionado requería el mejoramiento del elemento hombre, como lo denominaba Laurentino Muñoz, quien un par de años después sería el director del Departamento de Higiene; elemento sin el cual crear riqueza o utilizar la ofrecida por la naturaleza era poco menos que quimérico. Por ende “[u]n programa político será siempre incompleto mientras no incluya como puntos primordiales, la defensa de la vida contra las enfermedades, la comprensión de los problemas eugenésicos e higiénicos” (1935: 267).

Como se observa nuevamente, la eugenesia y la higiene se vuelven casi indistinguibles, lo cual provocaba que en Colombia la discusión, y aún más la práctica, se concentrara en lo que se ha denominado eugenesia preventiva o blanda, diferente de la eugenesia negativa que buscaba impedir la reproducción de los grupos considerados indeseables, como los criminales, dementes, degenerados, enfermos y judíos entre otros; y de la eugenesia positiva, que buscaba fomentar la reproducción dirigida científicamente de los individuos poseedores de las cualidades deseadas. La eugenesia preventiva incluía por su parte, una serie de campañas que Alfonso Castro (1936), importante médico y en varias ocasiones congresista, definió de la siguiente manera: higiene de la infancia (puericultura), higiene de las escuelas, higiene tropical (lucha contra las enfermedades tropicales), campaña antivénebra, campaña antituberculosa, campaña anticancerosa, campaña antialcohólica, legislación científica sobre las viviendas de los obreros y las clases desvalidas y el saneamiento de puertos y ciudades.

Las razas colombianas, los venenos raciales y la reinención de la mujer-madre

A la par del problema higiénico, la educación se convirtió en otro de los pilares del progreso y del combate contra el debilitamiento racial. Para Miguel Jiménez López (1920a), el mejoramiento de la educación era el segundo punto más importante para la regeneración racial, luego de la inmigración.

De igual forma, Emilio Robledo consideraba que la falta de una formación en las ciencias exactas y naturales impedía un real aprovechamiento de los recursos naturales. “Paz, higiene y educación de acuerdo con las necesidades modernas, tal es, en síntesis, el trípode terapéutico para la curación de esta enfermedad de retardo que padecemos” (1920: 18). Desde este punto de vista, muchos intelectuales defendieron la implementación de una educación, tanto física como intelectual, que hiciera posible la moderniza-

ción del país a través de estudios prácticos, la formación de individuos útiles a la sociedad y la crítica al aprendizaje memorístico.

La educación tradicional fue entonces atacada desde varios flancos y acusada de provocar una merma en la capacidad de luchar por la vida de la población nacional en su conjunto (Araujo 1920, Caballero 1920 y López de Mesa 1920b). Una nación ignorante era una llaga que acusaba al Estado de su incuria, planteaba el dirigente liberal Libardo López (1910), al tiempo que una causa de los gobiernos despóticos y retrógrados (Lanao Loaiza 1920).

Se requería, pues, una educación diferenciada que capacitara al agricultor para la explotación científica de la tierra y que no hiciera de los jóvenes de la clase media y alta, parásitos que sólo pensarán en conseguir un puesto burocrático, pues Colombia ya estaba exhausta de tantos doctores auto-consagrados a los cuales sólo les interesaba conseguir un alto nombramiento gubernamental, se quejaban Laurentino Muñoz (1935) y Armando Solano (1972).

La escuela, a través de sus dos variedades reformistas principales: la escuela defensiva y la escuela del examen, también se volvió uno de los *locus* privilegiados para la medicalización de la sociedad, dentro de la cual, las campañas a favor de la temperancia, fueron sumamente importantes.

El alcoholismo fue uno de los venenos raciales más temidos a comienzos del siglo XX. El peligro del consumo excesivo de alcohol, sobre todo de chicha, era que al igual que los otros venenos, no sólo enfermaba al afectado, sino que se transmitía a su descendencia hasta extinguir su familia al cabo de varias generaciones, poniendo así en riesgo la persistencia de la población nacional en su conjunto, si el mal se extendía por todo el cuerpo social (Calvo Isaza/Saade Granados 2002 y Noguera 2003). El potencial degenerativo del alcohol era aún mayor, puesto que los padres alcohólicos transmitían a su descendencia otras afecciones, además del gusto por el consumo de bebidas alcohólicas, sobre todo si la fecundación se producía bajo su influjo (Torres Umaña 1920).

Para varios intelectuales de elite, la dependencia gubernamental de las rentas sobre las bebidas alcohólicas, contrariaba las campañas a favor de la temperancia y minaban fuertemente la dignidad del Estado. Si bien, las medidas prohibicionistas no generaron consenso, la búsqueda de otros recursos financieros fue pensada frecuentemente como necesaria, puesto que

[...] el Estado tiene la obligación de ejercer una cierta tutela sobre los grupos a quienes no les ha dado principios ni conciencia, a quienes urge defender de sus propios instintos, atávicamente depravados. Si no sería lícito asistir impasiblemente al suicidio colectivo de la gleba, menos lo será poner en sus manos el arma que ha de quitarle la vida. La venta rural, que mancha y rompe la paz evangélica del campo, y que le cuesta al fisco en cárceles y juzgados tanto como le produce en impuestos, ha de cerrarse (Solano 1972: 101).

En la opinión del político liberal Armando Solano, esto evitaría que las cárceles se siguieran llenando de campesinos que no eran delincuentes habituales y que delinquían sólo por el envenenamiento estatal.

No en vano, Rafael Uribe Uribe (1979a) había lanzado al medio político, desde 1910, la tesis de que el 80% de las agresiones personales (heridas y homicidios) se debían a la embriaguez. La intemperancia fue asociada entonces a la criminalidad, la miseria, la

locura, la enfermedad, la inmoralidad y la desunión familiar (Mendoza Pérez 1994b y Robledo 1920).

Para Laurentino Muñoz (1935), los alcohólicos provocaban gastos y cometían actos que llevaban a sus familias y al Estado a la ruina, por los jornales perdidos, la asistencia médica, los accidentes y la represión policial; como si fuera poco, el licor incitaba al desenfreno sexual. Atacar el consumo de alcohol, agregaba Muñoz, implicaba simultáneamente luchar contra la prostitución, verdadera herida social que degeneraba a las mujeres, corrompía a los niños y acababa los hogares, puesto que las casas de lenocinio vivían en buena medida de las ventas de ese veneno.

La lucha contra la prostitución fue considerada también de suma importancia, puesto que las meretrices fueron acusadas de ser el principal agente transmisor de otros dos venenos raciales: la sífilis y la blenorragia (Obregón Torres 2002). A pesar de la ausencia de estadísticas que lo comprobaran, estas enfermedades fueron representadas como epidemias (Gaitán 1968) de suma gravedad, puesto que se vengaban no solamente en quien se contagiaba por medio del contacto sexual, sino también en su descendencia, a través de las altas tasas de mortalidad prenatal, natal y de las enfermedades y debilidades orgánicas de los niños que lograban sobrevivir. La blenorragia en particular fue temida además por su carácter esterilizador y, por ende, por hacer peligrar la existencia de la nación en el futuro.

El Estado debía asumir no solo la profilaxis individual de los infectados, la lucha contra los remedios vendidos como milagrosos pero considerados inútiles y contra los tratamientos incompletos, sino que también debía brindar educación e información, en alianza con la prensa, para evitar que los hombres jóvenes siguieran siendo educados sexualmente en la cantina, el burdel y el cine, y más bien encauzaran su energía en el estudio y el trabajo.

La falta de educación sexual adecuada en los hombres provocaba el debilitamiento de las nuevas generaciones y la enfermedad de sus esposas, abnegadas víctimas del contagio por la lubricidad de sus consortes. Muñoz planteó al respecto que:

La mujer en nuestro País concurre a la unión del hogar sin Blenorragia ni Sífilis adquirida, las dos enfermedades sociales que más desgracias ocasionan en la familia, sin vicios destructores, Alcoholismo, pereza, juego, concurre, por consiguiente con un capital humano en capacidad de afrontar con denuedo y victorioso la lucha en la nueva etapa de su vida (1935: 215).

Las mujeres fueron representadas entonces como el capital humano que sostenía la familia, célula primaria de la sociedad. Célula en peligro por la expansión de las enfermedades, la mala educación, las costumbres inmorales y el trabajo femenino e infantil. Para Javier Sáenz, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina (1997), la racialización de la población y la naturalización de la sociedad, tuvo como objetivo dar el paso de un gobierno desde las familias a un gobierno de las familias, esto implicaba que las unidades familiares se debían abrir a los médicos, a las maestras, a las damas notables y al Estado, desde una posición que articulaba reformas sociales modernizadoras y tradicionalismo católico.

Este tipo de intervención se concentró en las mujeres y en los niños. La mujer no debía seguir siendo esclava de las fuerzas genésicas de su compañero, quien debía asumir las responsabilidades adquiridas con ella en el momento del matrimonio, para de

este modo, gozar de la felicidad y garantizar el resurgimiento de la nación.

Estos propósitos se cumplirían sólo a través del estricto cumplimiento de los dictámenes morales y biológicos que correspondían a cada género:

[E]l naturalista explica de modo irrefutable la diferencia entre los dos sexos y el sociólogo aplica esta diferenciación al orden social; es decir, el sociólogo fundado en las enseñanzas del naturalista afirma que la mujer debe ante todo cumplir con los deberes de la maternidad y el hombre debe cumplir también primero que todo con los deberes del trabajo: de consiguiente, aquella sociedad díscola a esta conducta trazada por la Naturaleza; no podrá cumplir jamás con su verdadera misión en la vida, será una sociedad no sólo desquiciada sino pervertida (Muñoz 1935: 281).

Los hombres y las mujeres se diferenciaban, pues, argumentaba Muñoz, en sus caracteres anatómicos y sexuales primarios y secundarios. Los hombres estaban constituidos para la acción como lo demostraba su fuerte constitución esquelética y muscular, mientras el carácter interno de los órganos sexuales de las mujeres corroboraban que para ellas la función sexual primaria implica toda su personalidad, su intimidad. Alejarse del sendero trazado por la biología no conducía sino a la infelicidad, agregaba este intelectual.

En su opinión, en el matrimonio, la más perfecta e higiénica de las uniones sexuales, ambos ponían el amor, el hombre el trabajo y la mujer la salud, la armonía de estos tres componentes garantizaban la felicidad familiar.

Como se aprecia, la redefinición del rol femenino, más que una revolución sexual o jurídica, implicó el reforzamiento de muchas de sus tareas tradicionales dentro de una modernización conservadora. También los hombres siguieron siendo representados como los proveedores, ya no sólo por obligación moral, sino también biológica, que hacía que quien no cumpliera su deber fuera señalado como un prototipo del criminal. Para Laurentino Muñoz (1935), era necesaria entonces la paternidad consciente, que no consistía más que en el cumplimiento del sentido común y las leyes naturales, que indicaban claramente que quien no pudiera mantener a sus hijos no los engendrara.

Sin embargo, los intelectuales colombianos nos planteaban que la aristocracia ética de los padres conscientes era una minoría como era de esperar de ese conjunto de seres debilitados por la sífilis, la blenorragia, la tuberculosis, el alcoholismo, la miseria y la ignorancia.

La supervivencia de las familias y la de la nación dependían, por tanto, del arraigo de la moral biológica en cada una de ellas. Para intelectuales como Alfonso Castro (1926), la síntesis de la moral era el aumento de la vida y todo lo que fuera contra ella, era inmoral; esto no implicaba necesariamente un incremento en la reproducción, sino el verdadero cuidado de los retoños que nacieran. La moral biológica implicaba, pues, el fortalecimiento de la familia.

El certificado médico prenupcial, característico de los países que implementaron una eugenesia negativa (Carrillo 2000/2001, Castañeda 2003 y Stepan 1991), también fue discutido en Colombia. Éste, según sus defensores, salvaría a muchas mujeres de contraer nupcias con hombres incapacitados para formar y sostener una familia sana, puesto que implicaba la realización de un examen médico para los prometidos, que le garantizaba a cada uno de ellos la perfecta salud de su futuro cónyuge, en especial de los hombres, género que se consideraba especialmente propenso, dado su comportamiento a adquirir la blenorragia, la sífilis y el alcoholismo.

La mujer-madre fue imaginada como el núcleo de la familia y la personificación del orden social, gracias a que se le otorgaron virtudes morales superiores a las de su compañero. Sin embargo, los intelectuales de elite descubrieron que las mujeres no sabían ser buenas madres y que era necesario ayudarlas a serlo, mediante la asistencia de los médicos, los manuales de puericultura, las escuelas higiénicas y las damas notables (Pedraza Gómez 1996/1997 y Sáenz/Saldarriaga/Ospina 1997). El cuerpo de las mujeres, al igual que el territorio patrio, debía ser colonizado y civilizado por la acción racional masculina.

A pesar de los vicios de su educación e incluso de la ausencia de ella, las mujeres en su rol de madres, prácticamente el único legítimo para ellas, eran la esperanza de la salvación nacional, pero para ello necesitaban ser instruidas, tal como lo planteaba Alfonso Castro:

Debe vigilarse sobremanera la educación femenina, abriendo nuevos derroteros a las aspiraciones y actividades de la mujer y procurando vincular íntimamente su corazón a la patria, de modo que se tengan madres admirables, capaces de formar ciudadanos ilustres y fuertes; en las madres se alberga el esplendor o decadencia de los pueblos (1936: 269).

Aspiraciones que no eran equivalentes a un acceso a una ciudadanía plena, pues como nos recuerda Luis Enrique Osorio:

La mujer nació para ser madre, y como madre tiene quizá más derecho que el hombre a ser estudiosa y a influir en la vida pública. Por eso conviene aconsejarle que asuma deberes sociales y resuelva problemas humanitarios en vez de anticiparse a pedir derechos que aumentarían el caos en que ha sumido a la civilización el egoísmo masculino (1932: 270).

Se trataba entonces, de formar buenas madres, de conseguir que éstas se convirtieran en elementos civilizadores, que cuidaran adecuadamente esa tierna planta humana que eran sus pequeños hijos.

Pero el cuidado de la infancia no se limitaba a la puericultura; el seguimiento cabal de la moral biológica traía consigo el estudio y el cuidado del ser humano en todas las etapas de su vida, incluso cuando todavía no se ha formado como tal, sólo así se cumpliría con la obligación de mejorar indefinidamente la especie en su conjunto y las razas nacionales (Castro 1936).

Para Jorge Eliécer Gaitán (1968), esta obligación se imponía ineluctablemente en la política mundial y aun los excesos del nazismo en Alemania demostraban que la lucha por defender la raza era un hecho universal, que implicaba según la opinión de Luis López de Mesa, un nuevo estado de conciencia surgido de las condiciones sociales emergentes, puesto que:

En lo antiguo el hombre podía reproducirse más. En los tiempos actuales la balanza ha cambiado, y es el indeseable el que más se reproduce por falta de control, de orgullo de su "standard" de vida y de moralidad. [...]. Antiguamente la mortalidad de los inferiores, y la acción benéfica del campo sobre la especie en general, equilibraba en mucho este desnivel. [...]. Estudios de psicología experimental anuncian la existencia de un cuarenta por ciento de individuos cuya inteligencia es inferior a la normal en países tan privilegiados como la América del Norte. De este bajo fondo surge la mayor delincuencia y, desgraciadamente, la mayor reproducción de la raza. Si tales cosas son así, como lo parece, en pocas generaciones la

imbecilidad se apoderará del mundo, y hará regresar al hombre al tiempo de las cavernas, sin la esperanza que aportaba entonces el vigor primigenio de los trogloditas (López de Mesa 1926: 115-116).

Ante esta catástrofe en ciernes, el Estado y todos los ciudadanos de bien se debían escudar en el instinto social de previsión para defender el futuro ya no sólo de la raza colombiana sino de toda la humanidad a través de la selección del genio:

Una selección que comprenda la contribución que a él deba aportar la familia, ensanchando un poco la procreación de los más aptos, y limitando –a esta pseudo-inmoralidad llegaremos muy pronto- limitando la reproducción de los desechos sociales que crece y crece ante el maltusianismo de los mejor dotados de una manera que conduciría fatalmente a una catástrofe de la especie humana, si no hubiera, como sí lo hay, un instinto social de previsión (López de Mesa 1926: 114).

La reproducción y, por ende, el sexo, fueron imaginados como la manifestación que abría la compuerta del cuerpo y permitía el contacto entre individuos y razas incompatibles. El cuerpo femenino reducido a su expresión de cuerpo materno fue entonces el campo de batalla en donde se jugaba el futuro del organismo nacional y los límites de los grupos que lo componían. Sin embargo, la escasez de los recursos médicos y pedagógicos postergó y debilitó la colonización del cuerpo femenino, que no sufriría una nueva arremetida de importancia hasta la emergencia de las políticas públicas de contracepción en la década de 1960.

Reflexiones finales

En Colombia, las preocupaciones por el lugar de las diferencias raciales y de género en los proyectos nacionales, fueron ambiguas y complejas, pero se pueden enmarcar dentro de una modernización tradicional, que pretendía garantizar la entrada de la república al concierto de las naciones civilizadas a través de la plena explotación de sus riquezas, de la estabilización de sus caracteres raciales y de la apropiación de las formas de producción y propiedad capitalistas. Pero para cumplir este objetivo se consideraba indispensable la transformación del pueblo y el mantenimiento del orden social.

Se pretendía, entonces, crear sujetos modernos sin los problemas que buena parte de la elite consideraba inherentes a la modernidad: disolución de la familia, liberación de la mujer, lucha de clases, conflicto agrario, secularización y consumismo. Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1997) han mostrado cómo en el período estudiado se presenta un desplazamiento del gobierno desde las familias a un gobierno de las familias, en el cual la triada Estado-Iglesia-familia pierde importancia ante la trilogía Estado-familia-población. Esto implicó que las familias de sectores populares, es decir, las que eran representadas como virtual o potencialmente patológicas, se debían abrir a los médicos, a los maestros, a los técnicos agrícolas, en fin, a la presencia estatal, la gestión biomédica y las fuerzas de producción y consumo agroindustriales.

Estas transformaciones se dan en medio de la consolidación de los intelectuales modernos como intelectuales dominantes y de la intensificación del temor al pueblo luego de la revolución bolchevique, la revolución mexicana y el surgimiento de peque-

ños grupos socialistas en Colombia y de revueltas urbanas (Henderson 2006). En este contexto, la mayoría de los intelectuales de elite demandaron al Estado que fundara, instituyera, unificara y controlara racionalmente la sociedad nacional, al tiempo que se construía a sí mismo en ese proceso, en medio de una acelerada modernización y la permanente preocupación por el mejoramiento del acervo racial de la población colombiana (Pécaut 2001).

Esta preocupación, especialmente presente en los intelectuales liberales que participaron en las conferencias citadas por la Asamblea de Estudiantes en 1920, traía ya consigo, a través de la retórica higienista, los gérmenes del intervencionismo estatal, parcialmente puesto en marcha, catorce años más tarde, durante la presidencia de Alfonso López Pumarejo, momento en el cual la población empieza a ser representada cada vez menos como raza y más como pueblo.

El proyecto bandera en este sentido fue la campaña de Cultura Aldeana impulsado por Luis López de Mesa² en su rol de ministro de Educación entre 1934 y 1935. En este proyecto se privilegiaba el mejoramiento infraestructural de las aldeas, la educación para niños y adultos, la higiene y la producción, al tiempo que se consignaban como objetivos explícitos la defensa de la raza, la producción de conocimiento sociológico sobre el campo colombiano, el acceso de los campesinos a técnicas modernas de producción y al conocimiento considerado universal, todo ello dentro de una retórica que enfatizaba los fines culturales y políticos de la educación pública (Díaz 2005 y Silva 2004).

En definitiva, desde los planteamientos aislados de Rafael Uribe Uribe a principios de siglo, realizados todavía en medio de la hegemonía de la teología, la gramática, la filología y la jurisprudencia, hasta el intervencionismo estatal de los gobiernos liberales de la década del treinta, pasando por la polémica sobre la degeneración racial de la década del veinte, es posible afirmar que el lugar que ocupaban en la nación las mujeres y la población no-blanca, fue una preocupación central para los intelectuales de elite vinculados a los partidos tradicionales.

Sin embargo, la tensión y los conflictos en torno a los límites del intervencionismo estatal y del rol pedagógico de la Iglesia católica, la tibieza y rápida “pausa” de las políticas públicas de ampliación de la ciudadanía dado el temor al pueblo y la proliferación de intereses particulares, impidieron que las elites se organizaran a través del Estado y desarticularen cualquier proyecto coherente de ejercicio del biopoder a través de la tríada Estado-familia-población.

Finalmente, el aumento de los conflictos partidistas, aunado a la apropiación y revalorización de lo popular, a la profesionalización de las ciencias sociales, y al paulatino y relativo tratamiento de la cuestión social como un hecho justamente social y no racial, desde mediados de la década del treinta, irán disolviendo lentamente, en un proceso aun

² Luis López de Mesa, considerado en su momento uno de los eruditos y de los políticos más importantes del país, refleja la complejidad de las opciones intelectuales de la época; gramático y literato defendió la idea de que el estado de pureza o impureza de la lengua castellana era un signo de la decadencia o fortaleza de la raza colombiana, como médico psiquiatra impulsó la realización de test psicológicos para medir la inteligencia y difundió la eugenesia; finalmente, fue uno de los principales promotores de la sociología no-profesional y de la intervención social por parte del Estado. Esta combinación entre saberes letrados de claro tinte decimonónico, de saberes modernos (biomédicos) y de saberes sociales dará también su matiz singular a las Campañas de Cultura Aldeana.

hoy incompleto, la influencia del discurso sobre las diferencias raciales y de género en la forma en que se imagina la nación.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Appelbaum, Nancy/Macpherson, Anne/Roseblatt, Karin Alejandra (2003): “Racial nations”. En: Appelbaum, Nancy/Macpherson, Anne/Roseblatt, Karin Alejandra (eds.): *Race and nation in modern Latin America*. Chapel Hill/London: The University of North Caroline Press, pp. 1-31.
- Araujo, Simón (1920): “Séptima conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 255-287.
- Bejarano, Jorge (1920a): “Quinta conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 185-212.
- (1920b): “Sexta conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 213-254.
- Blanckaert, Claude (2001): “Lógicas da antropotecnia: mensuração do homem e bio-sociologia (1860-1920)”. En: *Revista Brasileira de História*, 21, 41, pp. 146-155.
- Caballero, Lucas (1920): “Octava conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 289-329.
- Calvo Isaza, Óscar Iván/Saade Granada, Marta (2002): *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología y profilaxis*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Carrillo, Ana María (2000/2001): “Los médicos y la ‘degeneración de la raza indígena’”. En: *Ciencias*, 60/61, pp. 64-70.
- Castañeda, Luzia Aurelia (2003): “Eugenia e casamento”. En: *História, Ciências, Saúde. Manginhos*, 10, 3, pp. 901-930.
- Castro, Alfonso (1926): *Juegos malabares*. Medellín: Tipografía Industrial.
- (1936): *Lucerna de estudio. Crónicas y estudios*. Medellín: Librería de A. J. Cano.
- Deas, Malcolm (2006): *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Taurus.
- Díaz Soler, Carlos Jilmar (2005): *El pueblo: de sujeto dado a sujeto político por construir. El caso de la Campaña de Cultura Aldeana en Colombia (1934-1936)*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional/Fundación Francisca Radke.
- Eley, Geoff/Suny, Ronald Grigor (1996): “Introduction: from the moment of social history to the work of cultural representation”. En: Eley, Geoff/Suny, Ronald Grigor (eds.): *Becoming national: a reader*. Oxford/New York: Oxford University Press, pp. 3-37.
- Foucault, Michel (2006): *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gaitán, Jorge Eliécer (1968 [1937]): “Sobre el problema antropológico”. En: Villaveces, Jorge (ed.): *Los mejores discursos, 1919-1948*. Bogotá: Editorial Jorvi, pp. 237-246.
- Helg, Aline (1989): “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”. En: *Estudios Sociales*, 4, pp. 37-53.
- Henderson, James D. (2006): *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Herrera, Martha Cecilia (2001): “Debates sobre raza, nación y educación: ¿hacia la construcción de un ‘hombre nacional’?”. En: Herrera, Martha Cecilia/Díaz, Carlos Jilmar (comps.): *Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria*. Bogotá: Plaza y Janés, pp. 117-142.

- Hobsbawm, Eric (1997): *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Holt, Thomas C. (2003): “Foreword. The first new nations”. En: Appelbaum, Nancy/Macpherson, Anne/Roseblatt Karin Alejandra (eds.): *Race and nation in modern Latin America*. Chapel Hill/London: The University of North Caroline Press, pp. VII-XVI.
- Jiménez López, Miguel (1920a): “Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 3-39.
- (1920b): “Primera conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 41-78.
- (1920c): “Novena conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 331-367.
- Lanao Loaiza, José Ramón (1920): *La decadencia de la raza*. Santa Marta: Tipografía Mogollón.
- López, Libardo (1910): *La raza antioqueña. Breves consideraciones sobre su psicología, desenvolvimiento, y educación*. Medellín: Imprenta de “La Organización”.
- López de Mesa, Luis (1920a): “Presentación”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 5-8.
- (1920b): “Segunda conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 79-110.
- (1920c): “Tercera conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 111-149.
- (1926): *Civilización contemporánea*. Paris: Agencia Mundial de Librería.
- McClintock, Anne (1996): “‘No longer in a future heaven’: nationalism, gender, and race”. En: Eley, Geoff/Suny, Ronald Grigor (eds.): *Becoming national: a reader*. Oxford/New York: Oxford University Press, pp. 260-284.
- Mendoza Pérez, Diego (1994a [1920]): “¿Decaen nuestras razas?”. En: Cataño, Gonzalo (comp.): *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, pp. 295-303.
- (1994b [1909]): “Alcoholismo y criminalidad”. En: Cataño, Gonzalo (comp.): *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, pp. 273-279.
- Muñoz, Laurentino (1935): *La tragedia biológica del pueblo colombiano. Estudio de observación y de vulgarización*. Cali: Editorial América.
- Noguera, Carlos Ernesto (2003): *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo xx en Colombia*. Medellín: EAFIT.
- Obregón Torres, Diana (2002): “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951)”. En: *História, Ciências, Saúde. Manguinhos*, 9, Suplemento, pp. 161-186.
- Osorio, Luis Enrique (1932): *Los destinos del trópico*. Bogotá: Cromos.
- Ospina Pérez, Mariano (1935): “El problema sanitario es el primero”. En: Muñoz, Laurentino: *La tragedia biológica del pueblo colombiano. Estudio de observación y de vulgarización*. Cali: Editorial América, s. p.
- Pécaut, Daniel (2001): *Orden y violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Norma.
- Pedraza Gómez, Zandra (1996/1997): “El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia”. En: *Revista de Antropología y Arqueología*, 9, 1-2, pp. 115-159.
- (1999): *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- (2004): “El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social”. En: *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, 4, 15, pp. 7-19.
- Robledo, Emilio (1920): *¿Existe una degeneración colectiva en Colombia?* Medellín: Tipografía Industrial.

- Sáenz Obregón, Javier/Saldarriaga, Oscar/Ospina, Armando (1997): *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946. Vol. 2*. Medellín: COLCIENCIAS/Foro Nacional por Colombia/Unianandes/Universidad de Antioquia.
- Schwarzc, Lilia (1999): *The spectacle of the races. Scientists, institutions and the race question in Brazil. 1870-1930*. New York: Hill and Wang, p. 358.
- Silva, Renán (2004): *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta.
- Solano, Armando (1972 [1929]): *La melancolía de la raza indígena y glosario sencillo*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular.
- Stepan, Nancy Leys (1991): “The hour of eugenics”. *Race, gender, and nation in Latin American*. Ithaca/London: Cornell University Press.
- Stoler, Ann (1996): “Sexual affronts and racial frontiers. European identities and the cultural politics of exclusion in colonial Southeast Asia”. En: Eley, Geoff/Suny, Ronald Grigor (eds.): *Becoming national: a reader*. Oxford/New York: Oxford University Press, pp. 286-322.
- Todorov, Tzvetan (2000): *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.
- Torres Umaña, Calixto (1920): “Cuarta conferencia”. En: López de Mesa, Luis (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, pp. 153-183.
- Uribe Uribe, Rafael (1979a [1898]): “Notas para un ensayo sobre el estado de alma nacional”. En: Eastman, Jorge Mario (comp.): *Obras selectas. Tomo II*. Bogotá: Imprenta Nacional, pp. 227-233.
- (1979b [1910]): “Los problemas nacionales”. En: Eastman, Jorge Mario (comp.): *Obras selectas. Tomo II*. Bogotá: Imprenta Nacional, pp. 221-261.
- (1979c [1906]): “El derecho de expropiación sobre las razas incompetentes. Según el capitán Mahan”. En: Eastman, Jorge Mario (comp.): *Obras selectas. Tomo II*. Bogotá: Imprenta Nacional, pp. 384-393.
- Urrego, Miguel Ángel (2002): *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad Central.
- Villegas Vélez, Álvaro Andrés (2005): “Raza y nación en el discurso de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940”. En: *Estudios Políticos*, 26, pp. 209-232.
- Wade, Peter (2003): “Afterword. Race and nation in Latin American. An anthropological view”. En: Appelbaum, Nancy/Macpherson, Anne/Roseblatt Karin Alejandra (eds.): *Race and nation in modern Latin America*. Chapel Hill/London: The University of North Carolina Press, pp. 263-281.